

Antonio Machado en el II Congreso de Intelectuales Antifascistas: faltándole el respeto a la divinidad

Fernando del Castillo Durán (Universitat de Barcelona)

Resumen /Resum /Abstract

Donada la trajectòria i imatge que habitualment es coneix de l'escriptor Antonio Machado, en aquest article es far incís en la seva participació al II Congreso de la Alianza de Intelectuales Antifascistas en un moment de maduresa abans de la fatalitat de la seva mort a l'exili

Dada la trayectoria e imagen que habitualmente se conoce del escritor Antonio Machado, en este artículo se hará inciso en su participación en el II Congreso de la Alianza de Intelectuales Antifascistas en un momento de madurez antes de la fatalidad del exilio y muerte del poeta

Beyond the history and image commonly known by the writer Antonio Machado, in this article lighthouse emphasis on their participation at the II Congress of the Alliance of Intellectual antifascists at a time of maturity before the inevitability of his death exile

Palabras clave /Paraules clau /Key Words

Antonio Machado, Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios de España, Asociación de Amigos de la Unión Soviética, Miguel de Unamuno, Juan de Mairena

Antonio Machado, Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios de España, Asociación de Amigos de la Unión Soviética, Miguel de Unamuno, Juan de Mairena

Antonio Machado, Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios de España, Asociación de Amigos de la Unión Soviética, Miguel de Unamuno, Juan de Mairena



71

La imagen que habitualmente presentamos de Antonio Machado —me refiero a la que aparece en los textos de secundaria y en buena medida en la universidad— adolece de una candidez elemental: es la vida de un hombre bueno, autoproclamación verosímilmente atinada y hasta probablemente sincera, pero simple. Tiene, además, su especial broche en la participación del poeta en el II Congreso de la Alianza de Intelectuales Antifascistas y, a modo de coda, en la fatalidad de su muerte en el exilio.

Vista la trayectoria de este hombre bueno, de cuya encrucijada queda fuera cualquier sombra siquiera de picardía —como si la sombra jamás pudiera oponerse al recto construirse, en palabras que quieren retomar un eco quizá orteguiano—, me ha preocupado saber, no ya lo que dijo en aquel Congreso de Valencia, sino qué había debajo y entre sus palabras.

Conviene saber que don Antonio, que por aquellas fechas¹ ya se sentía viejo y

¹ La imagen física de Machado siempre tiene un vuelo avejentado, ciertamente tristón. Recuérdense al respecto los versos de Villaespesa hacia 1918, recogidos en *Los cafés de Madrid*, Aguilar, Madrid, 1954, p.888:

A su lado, indolente,
sobre el verde diván arrellanado,

enfermo, como escribe en abril de 1937 a David Vigodsky², embajador soviético, no aprovechó su indiscutible prestigio para lanzar en Valencia una perorata inflamada, un sermón revolucionario o una alocución con visos de truco efectista, como sí hicieron Corpus Barga o Fernando de los Ríos —catedrático, socialista, ex ministro y, en 1920, viajero desengañado por la URSS³— al pretender relacionar el levantamiento de 1808 con la situación de 1937⁴.

Don Antonio, que seguramente no ignoraba las diferencias y hasta la evidente contradicción que semejantes discursos contenían, tuvo una intervención ingeniosa y quiso casar la contemporaneidad con lo que él mejor podía ofrecer, una ligera —y acrobática— lección de literatura comparada, esto es, puestos a buscar concordancias, optó por poner en el mismo bando a los milicianos que combatían al lado de la República y al Cid Campeador. Y, por paradójico que parezca, lo consiguió.

Veamos las circunstancias, aunque no podremos ver a los circunstantes, a los que suponemos embobados con la palabra fatigada del poeta.

* * *

Las circunstancias, precisamente, han de poder arrojar cierta luz acerca del ambiente que dio pie al Congreso de Valencia. El año 1933 será clave para entender todo el proceso, porque es entonces cuando surge la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios de España, encabezada por figuras de tanta consistencia como Alberti, María Teresa León y Bergamín.

Sin embargo, el afán asociativo tiene otra cita, ya que el 11 de febrero de aquel mismo año se da a conocer el Manifiesto⁵ de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, en el que figuran firmas tan dispares como Valle-Inclán, que oficia de presidente, Wenceslao Roces, Marañón, Baroja, Benavente, Manuel Machado, García Lorca y Clara Campoamor, entre muchas otras.

72

está Antonio Machado,
que con su rictus grave, adusto y serio,
de padre mercenario (*sic*),
devora en un diario,
líricos dítirambos a lo Imperio...

Se ha de disculpar en ese “vivo tumulto que fue Villaespesa, el paje de Rubén Darío”, como dice Macri, aquel “mercenario” por un menos agresivo “mercedario” que fue, con seguridad, la intención del poeta. Pero valgan también las palabras que escribe Pablo Neruda en 1925: “A don Antonio Machado lo vi varias veces sentado en su café con su traje negro de notario, muy callado y discreto, dulce y severo como árbol viejo de España. Por cierto que el maldiciente Juan Ramón Jiménez, viejo niño diabólico de la poesía, decía de él, de don Antonio, que éste iba siempre lleno de cenizas y que en los bolsillos sólo guardaba colillas”. *Confieso que he vivido*, Argos Vergara, Barcelona, 1979, p. 137.

² La *Carta a David Vigodsky* apareció recopilada en *La guerra (1936-1937)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1937, pero ya había sido publicada por *Hora de España* en abril de aquel mismo año.

³ Famosísima la respuesta de Lenin a Fernando de los Ríos: “¿Libertad para qué?”, que el autor recoge en su *Mi viaje a la Rusia soviética*, Fundación Fernando de los Ríos, Madrid, 1994, reedición conmemorativa.

⁴ Los textos citados, el discurso de don Antonio y las ponencias de Corpus BARGA y Fernando DE LOS RÍOS, están disponibles en su versión digital en la web *Proyecto Filosofía en español/ Hora de España* (<www.filosofia.org/hem/med/m011.htm>) razón por la que en adelante omito otras referencias bibliográficas.

⁵ El citado Manifiesto puede leerse en la web de la Asociación Cultural Wenceslao Roces, <www.wenceslaoroces.org/arc/roces/art/asociacion.htm>.

Visto el panorama, no queda otra opción que admitir el nacimiento en España de una marcada fascinación de algunos intelectuales de la República por la URSS. Y fascinación o atracción que no distingue, al menos sobre el papel, entre progresistas o reaccionarios, o entre conservadores, liberales o revolucionarios, y que mantiene un cierto aventurerismo en torno a un asunto, la deriva soviética en 1933⁶, que sólo es incógnita para quien no quiere enterarse, pues en esta primera hora son notorias las palabras de Fernando de los Ríos y, en el ámbito de la izquierda más extrema, las de Federico Urales y Ángel Pestaña, quedándose sin citar las referencias que sin duda traía la bibliografía extranjera, como el caso de Victor Serge.

El Manifiesto, de contenido aparentemente reflexivo, “ansía saber la verdad de lo que pasa en aquel país en construcción” y asegura que, al respecto, se ciernen las ideas y las pasiones más contradictorias, no existiendo todavía en España —asegura— un esfuerzo “serio para situarse ante estos hechos con plenas garantías de veracidad”. Se trasluce, así planteado y como no podía ser menos, una evidente curiosidad que sobrepasa ésta y llega a abierta simpatía —como, por otra parte, declara el propio Manifiesto. Se anuncia, además, una campaña de proselitismo basada en conferencias, documentales y proyecciones cinematográficas que ayuden a entender y discernir con suficiente claridad la realidad de los logros soviéticos. Respecto del cine⁷, se trata básicamente de *El acorazado Potemkin* de Eisenstein y *La madre* de Pudovkin, y en el plano periodístico, de la publicación de la revista *Rusia de hoy*.

Ya en los primeros días de julio de 1934, la Asociación celebra su primera conferencia nacional en Madrid, que ha sido objeto de ataques —ABC, sábado, 15 de julio de 1933— por parte de los jonsistas de Ledesma. Con el estallido de la guerra civil, la AUS (abreviatura que emplearé desde ahora) toma claro partido por el gobierno de la República, autorizando el Ministerio de Propaganda a la emisora Unión Radio de Valencia a presentar informaciones acerca de la vida en la URSS, así como noticias políticas (sobre la nueva ley electoral soviética de 1937), folklore ruso y música sinfónica de autores rusos.

Aprovechando los últimos días del II Congreso de la Alianza de Intelectuales Antifascistas en Valencia (días 10 y 11 de julio de 1937), la AUS lleva a cabo su segunda conferencia nacional. Sufre, entonces, una profunda renovación, resultando elegidos Martínez Barrio como presidente y Álvarez del Vayo, Antonio Machado, Dolores Ibarruri, José Miaja y Jesús Hernández como miembros del comité nacional. La AUS, en esta ocasión, manifiesta su voluntad de seguir manteniendo un régimen

⁶ Según Anne APPLEBAUM; *GULAG, Historia de los campos de concentración soviéticos*, Mondadori, Barcelona, 2005, p.20 *en 1921 ya había ochenta y cuatro campos en cuarenta y tres provincias, concebidos para “rehabilitar” a prisioneros enemigos del pueblo.*

Interesante, asimismo, es la participación de Gorki en la jerarquía estalinista y su contribución intelectual: *Kanal imeni Stalina*, donde el autor de *La madre* justifica la construcción del Canal blanco con la aportación de millares de prisioneros políticos que, en su mayoría, murieron en el empeño. Vid. p.109.

⁷ Entiendo que no está mal advertir que por las mismas fechas triunfaban Imperio Argentina, Estrellita Castro, Raquel Rodrigo, Manuel Luna y Miguel Ligeró, artistas de la época que, y ahí viene el dato, eran criaturas de Benito Perojo y Florián Rey, cineastas de aquellos años republicanos que estrenaban en Berlín *El Barbero de Sevilla* en 1940, con gran éxito de público, y siendo del agrado del Führer, cuya afición por el cine español le había llevado a invitar, mediante su ministro Goebbels, a Imperio Argentina para trabajar en los estudios cinematográficos alemanes. En IRUJO, José María; *La lista negra*, Aguilar, Madrid, 2003, pp. 79 y ss.



informativo firme en torno a las noticias que genera la URSS.

Es interesante ver que, a pesar de la evidente vinculación con el proyecto soviético, la AUS persiste en su desafecto en relación al PCE, remarcando, no sin cierta audacia interpretativa, que su fin es entender el proyecto soviético y adaptarlo a las coordenadas específicas españolas y no establecer un calco del mismo. Por otra parte, la AUS se mantiene en el circuito de asociaciones dependientes de la Sociedad para las Relaciones Culturales con el Exterior, con sede moscovita, y también en los aledaños del Comité Internacional de Amigos de la Unión Soviética, cuyo centro será Ámsterdam.

Siempre a fin y efecto de animar al conocimiento de la realidad soviética, desde 1933 la AUS fomenta viajes de delegados a la URSS que, siguiendo el modelo propuesto, no necesariamente han de ser comunistas, sino gentes interesadas por el proyecto que, de esta manera, darán una información testimonial seguramente mucho más útil y fiable que la estrictamente procedente de miembros del PCE. A su regreso, estos viajeros han de participar en actos organizados a tal efecto por la AUS, donde es posible encontrar representantes de diferentes formaciones políticas, para informar convenientemente de lo que han visto.

Así, la delegación del viaje de 1934 estuvo compuesta mayoritariamente por miembros del PSOE y de la UGT. Sin embargo, en el viaje de 1935 fue una nutrida expedición de comunistas que, a su regreso, el 30 de noviembre, declararon con evidente entusiasmo que “han podido convencerse de que la dictadura del proletariado es ejercida por la mayoría del pueblo y responde a la voluntad e intereses de esta mayoría”, además de haber entendido que “el florecimiento cultural en al URSS es una de las más grandes conquistas de la revolución proletaria”. Respecto del problema de las nacionalidades, afirman estos delegados que “conviven fraternalmente en respeto mutuo a sus diferentes idiomas y culturas nacionales... cooperando todos con el mismo entusiasmo al desarrollo del socialismo”.

74

No deja de tener interés que en el mes de septiembre de 1937, e invitado por el Ministerio de Instrucción Pública, viajó a la URSS un poeta grande, Miguel Hernández, formando parte de la delegación española en el V Festival de Teatro Soviético.

La delegación de noviembre de 1937 se dispuso especialmente para celebrar el XX aniversario de la Revolución, y fue recibida en la URSS por todo lo alto, oficiándose una recepción de honor en la Academia de Ciencias de Leningrado a la que asistió Tomás Navarro, ilustre filólogo, miembro de la RAE y director por aquel entonces de la Biblioteca Nacional, y en la que Sirio Rosado, a la sazón secretario general de la AUS, introdujo su alocución con un afectuoso: “Saludamos al camarada Stalin y os prometemos vencer al fascismo”. Un año después, don Tomás Navarro escribiría en su libro *España en la Unión Soviética: 1936, dos años de leal amistad*⁸: “En la URSS como en España el ambiente social hace resaltar con particular viveza la consideración del hombre en su pleno valor humano”.

De forma complementaria, en la España sacudida por la guerra también se habilitó una especial evocación de la Revolución de Octubre. Así, los clubes populares de cultura AUS incrementaron la información sobre la URSS, constituyendo centros con

⁸ NAVARRO, Tomás; *España en la Unión Soviética: 1936, dos años de leal amistad*, Asociación de Amigos de la Unión Soviética, Barcelona-Valencia, 1937, pp. 3 y ss.

actividades recreativas, ajedrez y bibliotecas, donde la población pudo saborear las grandes ventajas del proyecto soviético, así como la impresión de carteles, pasquines, folletos, fotografías, artículos sobre la actualidad soviética, etc.

Además, a partir de enero de 1937, surge la Asociación Española de Relaciones Culturales con la URSS, cuyo cometido es el acercamiento formativo respecto de los avances soviéticos en materia literaria⁹, musical, teatral y cinematográfica, abasteciendo bibliotecas, montando exposiciones y organizando ciclos de conferencias, y asimismo promocionando cursos de lengua rusa. Su órgano de expresión será la revista *Cultura Soviética*, que funcionó escasos números debido al progreso de la guerra¹⁰.

* * *

La Sociedad de Naciones, en unión con el *Pen Club*, había convocado la Alianza de Intelectuales Antifascistas, dando lugar a un primer Congreso que se celebró en París en el verano de 1935, bajo la tutela de Malraux y de André Gide, cuyo paso por el comunismo fue breve pero significativo, dejando un reguero de acusaciones y malas interpretaciones en las que la esperanza traicionada será uno de los máximos exponentes.

El 30 de julio de 1936¹¹, a escasos días del inicio de la guerra civil, y tras la disolución de la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios de España, nace la Asociación Internacional de los Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura (en adelante, AIA), entre cuyos miembros estaban Zambrano, Cernuda, Bergamín, Gómez de la Serna, García Lorca, Chacel y Sender. Tal asociación ostentaba seis grandes apartados, a saber: literatura, plásticas, biblioteca, pedagogía, teatro y música.

Dos años más tarde, en el verano de 1937 y entre Madrid y Valencia, la AIA se vuelve a reunir en el así denominado II Congreso de Intelectuales Antifascistas. Tras la inauguración en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento de Valencia a cargo del presidente de la República, doctor Negrín, las circunstancias de la guerra obligan al traslado. En ese momento se hace notoria la ausencia de Gide —vetado por la delegación soviética—, que ya había publicado *Regreso de la URSS*, donde da cuenta de sus experiencias, cerrando el breve periodo marxista. No ha de verse esta ausencia de Gide como simple desaparición. Su figura, antaño considerada como representante en “Francia del más alto y puro prestigio estético y moral de la inteligencia”, en palabras, ya en ese momento lejanas, del Bergamín de junio de 1935, se convierte ahora en un eco maldecido que merece la condena, en un reo abominable, en un impío, y valga el término porque no es baladí el retumbo religioso, otra vez por boca de José Bergamín¹².

Pues bien, en la clausura de este II Congreso, sube a la tribuna, situada en la plaza de Castelar de Valencia —en la actualidad, plaza del Ayuntamiento—, un Antonio

⁹ La otra cara de estos “avances culturales” serían los datos revelados en Vitali Shentalinski, vid. nota ultra.

¹⁰ Para lo relativo a la AUS, así como para la Asociación española de Relaciones Culturales con la URSS, he utilizado la tesis doctoral de María Magdalena GARRIDO CABALLERO, presentada en la Universidad de Murcia en septiembre de 2006, y que lleva por título *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX*. La citada tesis está presente en Internet a través de la dirección <www.tesisenxarxa.net/TDR-1215106-121642/>.

¹¹ Véase el artículo de GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo; *Poético idilio bolchevique*, ABC (edición digital), 25 de noviembre de 2007.

¹² Véase el prólogo al libro *Tristeza de la verdad: André Gide regresa de Rusia*, de Alberto RUY-SÁNCHEZ, escrito por Octavio Paz y titulado *La verdad contra el compromiso*, México, Joaquín Mortiz, 1991.



Machado viejo y achacoso, incapaz ya de grandes iniciativas físicas. Sabe que tiene un público multitudinario que anhela de él, no una arenga, que no está ni en su pensamiento ni en la esperanza de los convocados, sino una reflexión emotiva, un cariñoso recuerdo hecho desde la entereza y desde la inteligencia.

Pero, ¿por qué está Machado —que se ha integrado como miembro de la AUS unos días antes— en un congreso donde abundan los escritores izquierdistas, cuando no marcadamente comunistas, aquéllos que han rechazado las razones aducidas por Gide contra Stalin, argumentando quizá, igual que hacen Bergamín y Corpus Barga, que el experimento de Gide ha sido truncado por el puro individualismo que, se supone, le ha hecho ver las cosas con una óptica no socialista? ¿Qué hace Machado con aquel grupo de escritores que calla ante las noticias de las deportaciones al extremo norte —¿suenan los topónimos de Solovki o Kolimá?—, que no se manifiesta contra la política genocida del dictador georgiano, incluso que no responde ante hechos tan recientes como la estrangulación del POUM unos meses antes en Barcelona?.

Cerrar el acto, nada más.

* * *

No me gustaría empujar a don Antonio a posiciones en las que pienso no estuvo jamás. Y no me gustaría porque no quiero caer en la misma pasión que conduce a Luciano González Egido a presentar a un Unamuno que se muere en Salamanca y que, a pesar de las constantes adhesiones a los sublevados, mantiene vivo su republicanismo y su liberalismo. “Se le nubló la imaginación de presagios”, dice Egido¹³. El autor, un poco más adelante, recoge una entrevista que el periodista norteamericano Knickerbocker realiza al profesor salmantino, entrevista que *El Adelanto* titula “Una guerra entre la civilización y la anarquía, dice Unamuno”, y añade a modo de subtítulo: “El poder de Madrid está en manos de unos pistoleros. Como acto patriótico, Azaña debía suicidarse”¹⁴. Véase el discurrir del libro y concluya el lector por sí mismo, y no se olvide que Unamuno ya había diagnosticado a Azaña en noviembre de 1932 como “el faraón de El Pardo”, calificación que no le impide ver claro para, unos años después y a raíz de la Revolución de Asturias, tildar de “insondables mentecatos a quienes quieren monopolizar la decencia y el patriotismo”, refiriéndose naturalmente al gobierno de turno¹⁵.

76

El mismo Egido cita el artículo que aparece en *El Mono Azul*, la revista que dirigía Alberti y que actuaba como altavoz de la AIA, y en la que, en su número 4, arranca con un párrafo elocuente: “Don Miguel de Unamuno, profesor de la Universidad de Salamanca, ex revolucionario y ex poeta, colaborador del general Mola...”¹⁶

Es evidente, como añade Egido, que don Miguel jamás fue revolucionario y, también, que Alberti, por más que lo pretendiera, no tenía potestad para condenar o para salvar a poeta alguno, sin embargo ése es, aproximadamente, el ambiente en el que Machado se mueve y ahí es donde ha de inscribirse su intervención.

¹³ EGIDO, Luciano G.; *Agonizar en Salamanca*, Tusquets, Barcelona, 2006, p.63

¹⁴ *Ibidem*, p.80.

¹⁵ Ambas citas vienen de GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo; “*El pesimismo de la inteligencia*”, *ABC* (31.12.2006)

¹⁶ *Op.cit.*, p. 86.

Justamente ahí. Otro asunto hubiera sido una repetición —salvando las distancias— de la famosa polémica entre Unamuno y Millán Astray, quizá esta vez entre, pongamos por caso, Lister y Machado. Y cito a Lister, no por buscar cualquier elemento comparable, sino porque fue el V Regimiento el que acompañó a los intelectuales que salían de Madrid hasta Valencia, y por los tenebrosos y elocuentes versos que Enrique Lister inspiró en el poeta de Sevilla.

Por cierto, Egido da una versión tópica de la trifulca salmanticense, pienso que sin entrar a ver detalles significativos. Por ejemplo, que Unamuno no está ante un mando militar, sino ante un icono popular, pues Millán Astray jamás ostentó mando de tropa en la Guerra Civil, ni intervino militarmente en ella. Otro detalle: no parece creíble que en la Universidad de Salamanca y ante el rector, don Miguel, Pemán, y el obispo Pla y Deniel, además de Carmen Polo, varios catedráticos de Historia y alguno de Literatura, de buenas a primeras, un general retirado se pusiera a dar gritos contra la inteligencia.

Lo que sí ocurrió y escatima Egido es que Unamuno, dolido por las palabras de Millán, duras, eso sí —pero estábamos en guerra, ¿recuerdan?—, no se le ocurre otra cosa que elogiar a Rizal, el héroe filipino fusilado en el 96, cargar contra los sublevados, ensalzar el patriotismo de los republicanos y hacer un vistoso juego de palabras entre vencer y convencer. Explosivo, desde luego. Unamuniano, también. Ya lo había dicho: “cuando todo pase, estoy seguro de que yo, como siempre, me enfrentaré con los vencedores”¹⁷. Se adelantó. De ahí la respuesta airada de Millán Astray, de ahí aquel “Muera la intelectualidad traidora”, muy distinto, desde luego, del tópico “Muera la inteligencia”, que abiertamente niega Eugenio Vegas Latapié en su libro *Los caminos del desengaño*¹⁸.

Sin embargo, no se piense que el choque entre ambos hombres, Unamuno y el general Millán Astray, fue cosa de aquel momento. Ya habían tenido una abierta polémica años atrás, en el Ateneo madrileño —ambos eran ateneístas—, cuando don Miguel acusó a los legionarios de “cortacabezas y hampones” y directamente a Millán de ladrón¹⁹. Semejante lance no fue olvidado por el legionario, quizá porque la memoria era de lo poco que conservaba intacto.

Para concluir con la porfía, adviértase lo que escribía Unamuno en carta dirigida a don Joan Maragall, a la altura de 1906. Después de recordarle cierta conversación en el taller de Ramón Casas, don Miguel acude a la autocita y recoge de su *Tratado del amor de Dios*:

*¡Terrible mal la inteligencia! La inteligencia tiende a la muerte, a la estabilidad la memoria. Lo vivo, que es lo absolutamente inestable, lo absolutamente individual, es impensable... Para analizar un cuerpo hay que destruirlo... Con este sentido, anti-intelectualista (sic), y buscando la pasión sin idea, figúrese qué efecto me harán griegos y franceses*²⁰.

¹⁷ EGIDO, *opus cit*, pág. 82

¹⁸ VEGAS LATAPIÉ, Eugenio; *Los caminos del desengaño, Memorias políticas II (1936-1939)*, Tebas, Madrid, 1987, p. 112. Otro de los intelectuales que pronto se vieron frustrados, llegando a mantener serias conversaciones con miembros relevantes del ejército para encauzar lo que consideraba equivocado derrotero del régimen franquista. Ante su inminente prisión, Vegas Latapié optó por refugiarse junto a don Juan de Borbón, en cuya compañía pronto obtuvo el cargo de secretario político.

¹⁹ TOGORES, L. Eugenio; *Millán Astray*, Esfera de los libros, Madrid, 2003, pp.335 y ss.

²⁰ UNAMUNO y MARAGALL; *Epistolario y escritos complementarios*, Distribuciones Catalonia,



La casualidad llevará al profesor de Salamanca a mantener un rifirrafe casi en los mismos términos —los binomios: inteligencia y muerte, intelectualidad y vida—, pero treinta y pico años después, con el fundador del Tercio de la Legión. Ha cambiado el interlocutor, desde luego, pero don Miguel sigue en el empeño, enfrentando conceptos que parecen antitéticos. Se puede intuir un rasgo de insobornabilidad, qué duda cabe, pero quizá también de alborotamiento.

Dicho lo anterior, pienso que acaso convenga, alguna vez, volver a estudiar el caso de un soldado, Millán Astray, cuyo devenir explica algunas circunstancias de aquellos años, y que por lo general entra directamente en el grupo de los adefesios, olvidándose que es hombre cuya vida pasa entre los campos de batalla y las conferencias que dicta por medio mundo, y no precisamente a públicos legionarios²¹.

Pero, seguimos sin saber qué hace Machado en Valencia.

* * *

Larga y entretenida es la relación de don Antonio con la política. Ya desde febrero del año 26 viene firmando manifiestos republicanos, a pesar de que comparece como “poco entendido en política”²². Pero será el 14 de febrero de 1931, a dos meses exactos de la proclamación de la II República, cuando don Antonio presente en el Teatro Juan Bravo de Segovia la Agrupación al Servicio de la República, de cuya delegación es presidente. En el escenario no está solo, sino acompañado nada menos que por Ortega, Marañón y Pérez de Ayala.

*La revolución —dice— no consiste en volverse loco y lanzarse a levantar barricadas. Es algo menos violento, pero mucho más grave. Rota la continuidad evolutiva de nuestra historia, sólo cabe saltar hacia el mañana, y para ello se requiere el concurso de mentalidades creadoras. Saludemos a estos tres hombres del orden, un orden nuevo*²³.

78

Hecha la presentación, suben al estrado los citados, cuyos discursos son muestra de elocuencia y de parquedad. Después, y acabadas las intervenciones, se dirigen al hotel Comercio para cerrar el acto con un banquete. Parece ser que en los brindis destacó Ortega, aunque no se indica si volvió con su famoso “*Delenda est monarchia*”. Como sea que fueron invitados bastantes periodistas, se conservan varias crónicas de este acontecimiento, por ejemplo en *El Adelantado* de Segovia, que publica la reseña el 16 de febrero. También *El Sol*, *El Liberal* y *La Libertad*, amén de reporteros gráficos que dejaron la impronta de una fotografía —bien conocida, por otra parte— en la que figuran los cuatro oradores en augusta, aunque también, modesta actitud.

Pero, y sin ánimo en absoluto de agotar la materia, volvamos a don Antonio. Ya hemos visto cómo está adherido a la AIA y a la Alianza Internacional de Escritores Antifascistas.

Barcelona, 1976, p.34, carta del 18 de noviembre de 1906.

²¹ Indispensable, para un primer acercamiento al personaje, el libro ya citado de Luis Eugenio TOGORES.

²² Antonio Machado, *Prosas dispersas (1893-1936)*, ed. de Jordi Doménech, Madrid, Páginas de Espuma, 2001, pág. 96.

²³ La citada presentación y el texto que recojo se halla en *Prosas dispersas, opus cit.*, pág. 669 y ss.

Existe un asiento breve, una anotación a lo mejor circunstancial que escribe don Antonio para conmemorar el aniversario de la proclamación republicana. No siguió el camino de la imprenta, y permanece inédito. Lo quiero traer aquí porque presenta un concepto, un argumento novedoso: cómo entiende Machado el resultado de las votaciones de febrero de 1936 y cómo entiende la política del Frente Popular. Se trata de un escrito pergeñado durante la guerra, con lo que aparece la lógica desazón que le causa el conflicto. Pero me ha interesado el concepto, decía, de Tercera República, por lo que significa de cambio político, esto es, Machado establece un nuevo registro y no una línea de continuidad, un cambio y una marcha inexorable hacia otros escenarios. Veamos:

Pero la traición [de Lerroux y el gobierno conservador] fracasó dentro de casa, porque el pueblo, despierto y vigilante, la había advertido. Y surgió la República actual, la más gloriosa de las tres –digámoslo hoy valientemente, porque dentro de veinte años lo dirán a coro los niños de las escuelas–; surgió la Tercera República Española con el triunfo en las urnas del Frente Popular. Volvían los mismos hombres de 1931, obedientes al pueblo cuya voluntad legítimamente representaban; y otra vez traían un mandato del pueblo, que no era precisamente la Revolución Social, pero sí el deber ineludible de no retroceder ante ningún esfuerzo, ante ningún sacrificio, si la reacción vencida intentaba nuevas y desesperadas traiciones. Y surgió la rebelión de los militares, la traición madura y definitiva que se había gestado durante años enteros. Fue uno de los hechos más cobardes que registra la historia. Los militares rebeldes volvieron contra el pueblo todas las armas que el pueblo había puesto en sus manos para defender la nación, y como no tenían brazos voluntarios para empuñarlas, los compraron al hambre africana, pagaron con oro que tampoco era suyo, todo un ejército [corregido, horda] de mercenarios. Y como esto no era todavía bastante para triunfar de un pueblo casi inerme, pero heroico y abnegado, abrieron nuestros puertos y nuestras fronteras a los anhelos imperialistas de dos grandes potencias europeas ¿A qué seguir?... Vendieron a España. Pero la fortaleza de la Tercera República sigue en pie. Hoy la defiende el pueblo contra los traidores de dentro y los invasores de fuera, porque la República, que empezó siendo una noble experiencia española, es hoy España misma. Y es el hombre de España, sin adjetivos, el que debemos destacar en este 14 de abril de 1937²⁴.

Unos días más tarde, don Antonio pronuncia un remarcable discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas. Fue el 1º de mayo de 1937, segundo año de la guerra. Sin embargo, no hizo una arenga exaltada. Es más, pasa casi como una oración disculpatória, una pieza cordial, blanda, de circunstancias, un salir del paso airoso y sin provocar arrebatos ni excitar ímpetus:

Yo os saludo, jóvenes socialistas unificados, con un respeto que no siempre pude sentir por los ancianos de mi tiempo, porque muchos de ellos estaban deshaciendo a España, y vosotros pretendéis hacerla. Desde un punto de vista teórico, yo no soy marxista, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea jamás. Mi pensamiento no ha seguido la recta que desciende de Hégel a Carlos Marx. Tal vez porque soy demasiado romántico, por influjo, acaso, de una

²⁴ MACHADO, Antonio; *Recuerdos* (autógrafo), Madrid, Biblioteca Nacional. [Fondo antiguo, MSS/22233/4]



dedicación demasiado idealista, me falta simpatía por la idea central del marxismo; me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, es el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia. Veo, sin embargo, con entera claridad, que el socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia; veo claramente que es esa la gran experiencia humana de nuestros días, a que todos de algún modo debemos contribuir²⁵.

No obstante, dos meses más tarde, don Antonio está en Valencia y el desafío es mayor. Se trata de cerrar el II Congreso en el que han intervenido con mayor o menor acierto figuras relevantes de la literatura mundial, aunque expresamente vinculadas a organizaciones izquierdistas o enviadas por asociaciones dependientes del Komintern, cuando no representantes soviéticos. Ya ha tenido lugar la intervención de Bergamín contra Gide y se ha abierto un recatado debate en torno al veto que los rusos han sostenido contra su presencia, asunto sobre el que Malraux ha podido planear —tal era su oficio— con cauteloso riesgo.

La tarea de Machado, por tanto, a mi modo de ver, tiene mucho de querer exorcizar el peligro, de quedar bien y, si se puede, de lograr el lucimiento. Pero, ¿qué pasos sigue para conseguir semejante propósito? Ya lo anticipaba al inicio: no saltarse su propio acervo y pintar cuatro lindezas para los que quieran escuchar. Por ejemplo, arrancar haciendo una disertación acerca de la poesía y el pueblo, donde da con aquella cláusula sencilla y brillante: “Escribir para el pueblo ¡Qué más quisiera yo!”²⁶ Y seguir con unas líneas de adulación en las que entren los elementos consabidos: pueblo, hombre, raza, tierra y lengua, para, inmediatamente, citar a Cervantes, a Shakespeare y a Tolstoi, y cerrar diciendo: “Es el milagro de los genios de la palabra”.

Hasta ahí nadie puede exaltarse, puro tópico sin herida, todo muy apacible, pero ni una alusión a la literatura del realismo socialista, nada de Gorki, Gladkov o Shólojov y, por supuesto, sin entrar en categorías como arte burgués, subjetivismo burgués o literatura para los trabajadores, temas todos ellos muy del gusto, no del auditorio que en ese momento tiene delante —está hablando, recuerdo, en una plaza pública—, pero sí del común de los asistentes al congreso, en cuyos caletres planearía aquel “ingenieros de almas”, brindis que un Stalin eufórico lanza a unas decenas de escritores en la casa de Gorki la noche del 26 de octubre de 1932.

Un poco más adelante, Machado se mete ya a tratar poéticamente, si se permite el adverbio, a los milicianos que combaten contra los sublevados. Parece claro que se deja —¿lo hace a propósito?— a gran parte del contingente republicano, pues no hay citas a militares profesionales ni a brigadistas. Pero, ¿cómo abordar el asunto? ¿Cómo acercarse al brocal y no caerse al pozo? ¿Cómo evitar el resbalón, el ataque de espontaneidad?

Don Antonio, profesor, escoge una cita de Jorge Manrique, y refiere aquella

²⁵ Discurso recogido en MONIQUE, Alonso; *Antonio Machado, poeta en el exilio*, Anthropos, Barcelona, 1985, p.120.

²⁶ He seguido en mi exposición el orden temático de la conferencia de don Antonio, cuya referencia bibliográfica digital sigue siendo la presentada en nota 2.

copla en la que se habla, si bien desde otra esfera, del riesgo que corrió don Rodrigo, padre del poeta, a lo largo de su vida en servicio del rey. Exactamente las estrofas que dicen:

*Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero;
después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero:
después de tanta hazaña
a que no puede bastar
cuenta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la muerte a llamar
a su puerta
diciendo: «Buen caballero,
dejad el mundo engañoso
y su halago;
vuestro corazón de acero,
muestre su esfuerzo famoso
en este trago;
y pues de vida y salud
hicisteis tan poca cuenta
por la fama,
esfuércese la virtud
para sufrir esta afrenta
que os llama.*

Pero, evidentemente, Machado sólo se vale de los tres primeros versos, los más inéditos, y los más universales, para elevar a los milicianos al rango de capitanes. Omite, con naturalidad, todo lo demás, se lo guarda, lo esconde.

En el párrafo siguiente, y sin solución de continuidad, lanza un guiño del gusto del público. Los *señoritos* y el *señoritismo*, en el Madrid asolado por la guerra, han desaparecido. Ahora, parece querer decir, la moda la marca el estilo miliciano, la franqueza de la tropa, el estallido del pueblo. Aprovecha para citarse a sí mismo a través de su heterónimo Juan de Mairena: el señoritismo es forma degradada de ser hombre. Una lección fácil, elemental, incluso modesta, pero jamás molesta. Conviene traer aquí la clave del calambur, recordando aquella pregunta de Mairena a sus discípulos: “¿Comprendéis ahora por qué los grandes hombres solemos ser modestos?”

Sin embargo, una relectura del libro de don Antonio nos conduce de inmediato a otro aspecto de su discurso: no aparece en *Juan de Mairena* comentario alguno, de forma explícita, al señoritismo, y menos una máxima manifiesta como la que da Machado. Cabe pensar, desde luego, que el ponente usara a modo de cajón de sastre, añadiendo y censurando, no ya citas, sino comentarios y apostillas que bien podrían estar en la obra de referencia ya que, al cabo, tiene mucho de *opera aperta*. Sí surge el tema en los artículos que posteriormente añade en *Hora de España*, desde enero de 1937 hasta octubre de 1938, y que Oreste Macrì ha denominado, con discutible acierto, *Juan de Mairena póstumo: De ningún modo quisiera yo —habla Juan de Mairena a sus*



*alumnos— educaros para señoritos, para hombres que eludan el trabajo con que se gana el pan*²⁷.

Por otra parte, citar en semejante plaza a Juan de Mairena, el escéptico, cuando no el reaccionario, tiene algo de riesgo, no sé si calculado. Editado en 1936, a las alturas en que nos encontramos, verano de 1937 y ante un público cuyo adorno no es precisamente la erudición, no cabe el escollo que supondría que alguien recordara párrafos como los que siguen, por citar alguno sin ánimo de exceso:

*Nuestros políticos llamados de izquierda, un tanto frívolos —digámoslo de pasada—, rara vez calculan, cuando disparan sus fusiles de retórica futurista, el retroceso de las culatas, que suele ser, aunque parezca extraño, más violento que el tiro*²⁸.

O aquella proclama que lanzara Juan de Mairena ante sus discípulos en el Sermón de Rute:

*¡Proletarios del mundo, defendeos, porque sólo importa el gran rebaño de hombres!*²⁹.

Así hablaba aquel Mairena que era, según escribe don Antonio, profesor de gimnasia, aunque aborrecía el ejercicio físico, creyéndolo un inútil despropósito mecanicista, abstracto y desintegrado³⁰. Aquel Mairena que daba clases gratuitas y voluntarias de Retórica fuera de las horas lectivas del instituto. Aquel Mairena que a lo mejor es uno de los mejores libros de aforismos jamás escritos.

Pero, ¿de dónde viene el mal del señoritismo? Machado tiene la respuesta: de los jesuitas. Como se sabe, el gobierno de la República decretó la disolución y pérdida de todas las propiedades de la Compañía el 24 de enero de 1932, y lo hizo en virtud de la obediencia que todo jesuita, según sus propias constituciones, debe a Roma, un estado extranjero. Así reza el decreto, otra cosa son las razones encubiertas, o sea, las auténticas razones. Azaña, jefe del gobierno, ya había advertido acerca de las intenciones agitadoras de los ignacianos, denunciando, además, que en los colegios jesuíticos se enseñaban doctrinas contrarias al estado moderno³¹.

No son esos los motivos que aduce don Antonio, ni mucho menos. Machado afirma que la educación de origen jesuítico —hemos de pensar que la *Ratio Studiorum*— es “profundamente anticristiana y antiespañola”. El señorito jesuítico, según Machado, viste marcando los signos de clase y olvida los meramente religiosos e, incluso, la mismísima dignidad del hombre, chocando frontalmente contra una de las virtudes más acendradas que el poeta de Sevilla encuentra en el carácter español, esto es, el nadie es

²⁷ “Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín”, *Hora de España*, enero de 1937. El *Juan de Mairena póstumo* de MACRÌ recorre desde 1937 a 1939, recogiendo textos aparecidos en *Hora de España*, *Servicio Español de Información* y *La Vanguardia*. Vid cita completa de Oreste MACRÌ en nota más adelante.

²⁸ MACHADO, Antonio; *Juan de Mairena*, Madrid, 1936. La edición que manejo es de editorial Austral, Madrid, 1973. La cita aparece en la p.16, III, “De política”.

²⁹ *Ibidem*, p.25.

³⁰ *Ibidem*, p.62.

³¹ AZAÑA, Manuel; discurso en Cortes del 14 de octubre de 1931. Puede leerse íntegramente y en formato digital en <www.segundarepublica.com>.

más que nadie.

Véase la trama del juego. En el fondo, y si no me equivoco, Machado está pidiendo, si fuera posible, un cristianismo más auténtico, menos afectado, más intenso. La acusación rezuma resentimiento cristiano, quizá de color unamuniano. Bien, pues regresemos a don Miguel y observemos cómo arranca en una de sus obras clave, *La agonía del cristianismo*:

*El cristianismo es un valor del espíritu universal que tiene sus raíces en lo más íntimo de la individualidad humana. Los jesuitas dicen que con él se trata de resolver el negocio de nuestra propia salvación individual y personal, y aunque sean los jesuitas quienes lo digan, tratándolo como un problema de economía a lo divino, hemos de aceptarlo aquí como postulado previo*³².

No hace falta mucho esfuerzo para ver en ambas citas la presencia de una muy notable animadversión, pero también de una inquieta búsqueda de la profundidad cristiana. A pesar de su origen, quiere Unamuno, la propuesta es acertada. De forma significativa, Machado ha dicho que el señoritismo esconde la condición humana, por eso, señala, es anticristiana, y justamente en ese punto, Unamuno proyecta como uno de los valores fundamentales del cristianismo precisamente ese elemento individual, eso que nos deja solos ante nuestra particularidad, ante Dios, habría dicho, quizás, el profesor.

Ahora bien, ¿era tiempo, en el foro valenciano, de andarse con teologías? Por supuesto que no. Y tampoco de dudar del antiespañolismo de los jesuitas, convenientemente cercenados por decreto de enero del 32. Oigamos, sin embargo, lo que, en otro foro dice Unamuno respecto de ese nacionalismo ramplón:

*En este libro tan profundamente anticristiano*³³ *leí aquello del programa de 1903 de L'Action Française, que “un verdadero nacionalista pone la patria ante todo, y por ende concibe, trata y resuelve todas las cuestiones políticas en su relación con el interés nacional”. Al leer lo cual me acordé de aquello de “mi reino no es de este mundo”, y pensé que para un verdadero cristiano —si es que es posible un verdadero cristiano en la sociedad civil— toda cuestión, política o lo que sea, debe concebirse, tratarse y resolverse en su relación con el interés individual de la salvación eterna, de la eternidad. ¿Y si perece la patria? La patria de un cristiano no es de este mundo. Un cristiano debe sacrificar la patria a la verdad*³⁴.

Imposible buscar paralelismo, más allá de lo que imaginamos, entre el Machado rodeado de milicianos y el Unamuno de 1924, exiliado en París por “la dictadura pretoriana y cesariana española”³⁵.

A modo de anécdota, ha de saberse que la primitiva fundación del Colegio de Soria fue obra de jesuitas, allá por 1575 y en donación de los Mendoza, y que hoy en

³² UNAMUNO, Miguel; *La agonía del cristianismo*, Losada, Buenos Aires, 1973, p.13.

³³ Don Miguel se refiere a *Enquête sur la monarchie* de Charles Maurras, al que califica de *lata de conservas que ofrece carne podrida*.

³⁴ UNAMUNO, Miguel; *La agonía...*, opus cit, p.15.

³⁵ Recojo las palabras de don Miguel al inicio del libro.



día, tal establecimiento es instituto público y ostenta el nada aparatoso nombre de IES Antonio Machado.

* * *

Pues bien, calculando con precisión el asunto donde ha dejado su último escrito, Machado arranca los dos párrafos finales justo desde ese punto. ¿Y qué material usará, sabiendo que está en Valencia y que se debe a un público posiblemente entregado? Nada mejor, juzga, que poner al Cid a conquistar otra vez Valencia. Explica que, en el Cantar, Rodrigo hace llamar a su mujer y a sus hijas para que, desde lo alto de la muralla, puedan observar con todo tipo de detalles, cómo se gana el pan. O sea, para que quede demostrado que no es un señorito que elude el trabajo. Luego viene una breve explicación, para acabar presentando a los infantes de Carrión como a los verdaderos señoritos, a que les cae en tromba la maldad, éstos sí que son detestables, además, pertenecen a una aristocracia encanallada, felona, cobarde, vanidosa y vengativa. Por fin, don Antonio se apoya en cita apócrifa y hace una lectura que más parece pirueta dialéctica que auténtico juicio de lector inteligente: *El Poema del Cid es la lucha entre una democracia naciente y una aristocracia declinante*.

¡Hermosa falsedad, ciertamente! Pero falsedad que hacer pivotar el paradigma que establece sobre el modelo de una sociedad también naciente, la revolucionaria, que se ha dado cita ante el poeta y que pretende periclitarse, con más o menos heroísmo y audacia, el modelo anterior, esto es, el aristocrático, instaurando un régimen en cuyo seno la igualdad y la justicia han de ser puntales indiscutibles. A semejante quimera se le pueden objetar innumerables defectos, desde luego, pero sobre la tarima y en la plaza de Castelar, ante la concurrencia reunida y pienso que esperanzada, no parece posible andarse con impugnaciones ni censuras.

Qué duda cabe que el Cantar de Mío Cid es modelo certero de literatura propagandística y que remite de forma directa, no a la democracia, sino a la perpetuación del orden establecido, esto es, del orden feudal. Es evidente que el mal comportamiento de los infantes de Carrión tendrá su merecido, pero no a través de la fuerza vengativa — como sería, de alguna manera, el parecer popular —, sino a través de la justicia del rey, en el más preciso crisol de imparcialidad, el juicio de ordalía.

Seguramente, en esa suerte de cabriola de la oratoria que lanza Antonio Machado, perviven todavía las palabras del *Programa político del Cid Campeador* dichas por Joaquín Costa en 1885 o, en su esencia, el temblor regeneracionista que embargó a los del 98³⁶.

Pero, en esencia, ¿no le dolía a don Antonio, como a buen noventayochista, la idea del Cid? E incluso, el Cid como pueblo en armas, ¿era nueva semejante imagen? Ya en carta a Ramiro de Maeztu, fechada en 1934, en la que Machado agradece el envío de *Defensa de la Hispanidad*, obra que confiesa leer con deleite, expone la tesis cidiana.

³⁶ Es interesante, pero no definitiva, la lección de Colin Smith en la introducción a su *Poema de Mío Cid*, Madrid, Cátedra, 1981. Especialmente en el capítulo dedicado a la “Historia de la crítica del poema”, lanza una mirada a la recepción del texto que, sin bien somera y breve, vale para entender el desarrollo del problema. Asombra la urgencia con que se aparta de Menéndez Pidal, del que, sin embargo, se reconoce deudor, pues apenas transita por el estudio histórico que escribió el polígrafo gallego en 1950.

Cuando el Cid Campeador de nuestro poema se dispone a combatir con los moros que tienen cercada a Valencia, llama a su mujer y a sus niñas para que vean —dice él— “cómo se gana el pan”. El heroísmo español suele tener esta elegancia de expresión (...) Sólo un español es capaz de pensar, como nuestros conquistadores de América, que ese indio no sea un ser superior. “Nadie es más que nadie” reza un proverbio castellano, y lo que quiere decir, en el fondo, es esto: por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre³⁷.

Y también vuelve a aprovechar la misma idea el 18 de julio de 1938 en el escrito que titula *El Quinto Regimiento del 19 de julio*³⁸:

En el Poema de Myo (sic) Cid, esa gesta que escribió un hombre de la altiplanicie de Castilla fronteriza con los reinos moros de Aragón, no hay más señoritos propiamente dichos que los infantes de Carrión, yernos de Rodrigo, los “héroes” del Robledo de Corpes. Contra ellos luchamos, como creo haber demostrado en otra ocasión. Todo lo demás, empezando por el Campeador, es pueblo, hondamente pueblo y, por ende, el elemento constructor y fecundo de la raza.

Tenemos, por tanto, un concepto central muy fecundo y dos ideas subyacentes capaces de enhebrar varias veces la aguja que es el discurso machadiano: el elemento central sería el Cid leído en clave antiseñorial, y la primera imagen, el hombre útil, trabajador, y el parásito señorito, que debe ser eliminado; en la segunda, aparece el guerrero del pueblo, anterior a todo color político, que es esencialmente correcto e invencible. O sea, trabajo y pueblo o, en las circunstancias que contextualizan este entramado: guerra y pueblo.

* * *

Dicho lo anterior, don Antonio Machado decide dar la última vuelta de tuerca a su conferencia. ¿Qué más fácil que echar noche y comparar a los “ejércitos facciosos” con los infantes de Carrión? No haré yo tal, dice don Antonio, porque no me gusta denigrar al adversario. Sin embargo, se muestra convencido de que la sombra, el alma, la esencia del Cid acompaña a “los heroicos milicianos” y está seguro de que, en este juicio de Dios que es la guerra civil, en esa ordalía moderna, la de 1937, triunfará, entonces como hoy, la hombría de bien, esto es, el Campeador y sus flamantes émulos, los milicianos, los mejores, y aquí es donde se produce el esguince que da título a estas letras, aquí es donde don Antonio admite que si el triunfo de los milicianos no fuera posible, habrá que faltarle el respecto a la divinidad. ¿Por qué? Porque no habrá funcionado la prueba de ordalía, o sea, la mano de Dios extendida en señal de justicia no será capaz de señalar, sin error, a los más aptos, a aquéllos sobre los que sin duda ha de caer la marca de la verdadera razón.

Y zanjado el discurso, suena a través de los altavoces a tal efecto ubicados y, qué duda cabe, emergiendo como ola gigante de las gargantas presentes, la Internacional y el

³⁷ La carta a Ramiro de Maeztu está recogida en MACRÌ, Oreste (ed.); *Antonio Machado, Prosa y Poesía*, Tomo III, *Prosas completas (1893-1936)*, Espasa Calpe – Fundación Antonio Machado, segunda reimpresión, mayo de 1989, pp.1814 y ss.

³⁸ Trabajo incluido en *Prosas sueltas de la guerra*, en Macrì, *opus cit.*, p.2259.



Himno de Riego. Se dan los consabidos “vivas” y “muera” y don Antonio baja de la tarima. Ha acabado.

Sí, ha acabado, pero queda saber por qué se atreve don Antonio con semejante blasfemia. Hay un argumento aparentemente sencillo, Machado considera las blasfemias, no como sacrilegios irreverentes dignos de sanción o como violaciones escarnecedoras de la liturgia católica o, al menos, como sedicentes expresiones dignas de ocultamiento, sino como auténticas expresiones de una profunda piedad. Puede parecer sorprendente, pero así lo deja escrito en un artículo³⁹ de 1938, que en la edición de Macri lleva el título de *Sobre “Poemas rojos” de Alfonso M. Carrasco*. Dice así:

En cuanto a las blasfemias, en que abunda el libro de Alfonso M. Carrasco, repetiré una vez más lo que tantas veces he dicho: la blasfemia es un acto de fe: consiste en afirmar la divinidad para faltarle al respeto, y es forma específicamente española de religiosidad. Es España el país donde más y mejor se blasfema. ¿Por qué no han de reflejar alguna vez nuestras letras cultas esta riqueza de nuestro folk-lore (sic)?

Son palabras que ya habían sonado en el primer Mairena, creador de conciencias, en aquel que de tanto perseverar con Nietzsche, acaba traicionándolo, precisamente cuando escribe:

Después de las blasfemias de Nietzsche, nada bueno puede asegurarse a esta vieja Europa, de la cual somos nosotros parte, aunque, por fortuna, un tanto marginal, como si dijéramos, su rabo todavía por desollar. El Cristo se nos va, entristecido y avergonzado. Porque el bíblico semental humano brama, ebrio de orgullo genesiaco, de fatuidad zoológica. ¿No le oís berrear? Terribles guerras se avecinan⁴⁰.

Pavoroso pronóstico que, sin embargo, se cumplió al pie de la letra.

86

* * *

Qué lejos del discurso de Valencia, seguramente provechoso para la ocasión, el Machado de *España, en paz*, que José Luis Cano⁴¹ ubica en el capítulo de *Elogios*. Qué lejos aquel aborrecimiento de la guerra, aquellos versos que rezan “El mundo en guerra y en paz España sola”⁴². Qué remotas suenan las palabras que entonces escribió, seguramente con menos apremio y no tanta emergencia:

*¡Señor! La guerra es mala y bárbara, la guerra
odiada por las madres, las almas entigrece:
mientras la guerra pasa, ¿quién sembrará la tierra?
¿Quién segará la espiga que junio amarillece?*

Para, más adelante, añadir:

³⁹ *Sobre “Poemas rojos” de Alfonso M. Carrasco* se halla en la p.2300 de las *Prosas sueltas de guerra*, Macri, *opus cit.*

⁴⁰ MACHADO, Antonio; *Juan de Mairena*, *ibidem*, p.219.

⁴¹ Cito la edición crítica que publicó el profesor Cano en Cátedra, Madrid, 1976.

⁴² *Op. cit.*, 172.

*La guerra nos devuelve los podres y las pestes
del Ultramar cristiano; el vértigo de horrores
que trajo Atila a Europa con sus feroces huestes;
las hordas mercenarias, los púnicos rencores;
la guerra nos devuelve los muertos milenarios
de cíclopes, centauros, Heracles y Teseos;
la guerra resucita los sueños cavernarios
del hombre con peludos mammuthes giganteos.*

Aparte hecho del léxico que don Antonio emplea, poeta y hombre crepuscular al cabo, creo advertir que el desdén de la guerra es aquí frontal, por más que el texto manifieste un batiburrillo de ideas apelmazadas y de tópicos poco felices. Desde luego, es más auténtico el Machado intimista, el Machado que pasea por las alamedas del Duero y que describe la tierra parda de los alcores sorianos. El poeta que recuerda y escribe, el que nace en cada verso con palabras como majada o huerta, trigo, arado, mastín y oveja.

Son las circunstancias y quizá el querer estar presente, incluso la obligación moral de dar aliento a los combatientes, los motivos que empujan a don Antonio al discurso de Valencia.

* * *

Sin embargo, queda una sombra dudosa, ¿qué tanto se acercó Machado al comunismo?. En machadiana estela, espero, traigo la respuesta que don Antonio envía a Juan José Domenchina en alusión a ciertas insinuaciones que sitúan al poeta del lado comunista:

Como sospecho que me queda poco tiempo para mi obra, desearía poder consagrarme a ella⁴³.

En pocas palabras, Machado ansía que lo dejen escribir, que lo dejen ser el que es, un poeta, sencillamente. A pesar de eso, todavía estamos en 1937 y a don Antonio le quedan dos años de peregrinaje, de huida y de versos recios, de aquellos endecasílabos que huelen a pólvora vieja:

*...¿o es, otra vez, Caín, sobre el planeta,
bajo tus alas, moscardón guerrero?⁴⁴*

Sí, pólvora vieja mientras el poeta recuerda —así es el título— las tierras de Soria. Tal soneto saldrá ya en la edición de *Hora de España* que se hace en Barcelona, donde ha llegado la revista y todo el aparato de la redacción a principios de noviembre, huyendo de la Valencia asediada. Será en ese momento cuando Machado reciba la invitación de trasladarse definitivamente a la URSS. Conmueve la contestación que don Antonio envía a su interlocutor, Fiodor Kelyn, representando soviético en el Congreso de Valencia —y al que hacía ya años había dirigido una carta Ramón del Valle-Inclán,

⁴³ La cita procede de la edición crítica de Oreste Macrì, *Prosas completas*, sin embargo, yo la tomo de la biografía de GIBSON, Ian; *Ligero de equipaje*, , Punto de lectura, Madrid, 2007, p.639.

⁴⁴ *Hora de España*, Barcelona, 18 (junio de 1938), p.6, y actualmente en <www.poesia-inter.net/amach322.htm>



explicándole la tragedia de verse sin dinero ni manera de arreglarse, y al que comunica la buena nueva del beneplácito para la dirección de la Academia Española de Roma. Y digo conmueve porque Machado afirma, desde su residencia en el pueblecito de Rocafort, que “sueño con esa magnífica Rusia, donde es posible la noble convivencia humana”.

¿Qué información manejaba don Antonio para manifestar tan rotunda confianza en el régimen de Stalin? ¿Acaso la misma que Valle cuando se hizo cargo de la presidencia de la Asociación de Amigos de la URSS? ¿Y qué clase de recorrido embarga a hombres en cuya biografía se oían todavía los cantos solemnes de las procesiones encabezadas por los escapularios y los pendones que había levantado el carlismo, al que, por otra parte, rindieron admirada afición y acaso sus mejores páginas⁴⁵?

Precisamente en Rocafort, fechado en junio de 1938 y publicado en *Hora de España*, surge el rotundo soneto dedicado a Enrique Lister que, como el lector recuerda, acaba con aquellos versos entrecomillados, a modo de estrambote inserto en el segundo terceto:

*Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría.*

¿Qué hay que pensar? ¿Que uno de los más lúcidos y decentes⁴⁶ poetas españoles del siglo XX ha renunciado a sí mismo? ¿Que el triste discurrir de la contienda ha empujado a un intelectual de talla a la entrega y al despojo? ¿O que, por el contrario, Machado escribe en sus últimos días con todas las velas al viento, mostrando un nuevo perfil, el del halagador y el del panegirista? Y aquí cabe hacer una observación casi impúdica: cuidado con el texto porque, si en vez de Lister se escribe cualquier otro nombre, uno de los comandantes del otro lado, por ejemplo, el poema sirve igual, juega igual e igual funciona. Machado, por tanto, no describe, traza mitos, los crea. De inmediato me viene la justificación: las circunstancias eran terribles y Machado se ve compelido a dar una respuesta suficiente. Bien, queda cerrado.

88

“Olores de pólvora y romero” ha dicho el poeta, estertores de un estro que se disipa o continuación del moscardón guerrero, del Caín tantas veces denunciado por los noventayochistas y tantas veces anunciado y que, por fin, ha tomado cuerpo.

Ian Gibson trae un artículo firmado por don Antonio y que vio la luz en París, en *La Voz de Madrid*, titulado *En 19 de julio de 1938*⁴⁷. Se trata de conmemorar —es un decir— el segundo año de guerra y ahí sí que Machado descarga sus odios con ganas: acusa a los alzados de traidores, de no españoles, asegura que los republicanos merecen la victoria y entiende la guerra como una invasión extranjera. Sí, es un texto de combate, de impecable factura y perfecto en los detalles, pero no es literatura, ni lo pretende. Se puede ver la fuerza y el convencimiento, los argumentos y las razones pero, a pesar de la mano que lo escribe, no mezcla ni adultera, y sí, impugna y perfecciona el discurso sin caer en la fosa de la mixtificación.

⁴⁵ Para remediar tales inquietudes, conviene leer el número que la revista *El Pasajero* dedicó a Valle-Inclán. Existe versión digital en <www.elpasajero.com/indice.htm>.

⁴⁶ Tomo el adjetivo de Andrés TRAPIELLO, Andrés; *Las armas y las letras*, Barcelona, Península, 2002, p.412.

⁴⁷ GIBSON, Ian; *opus cit.*, pp.654 y ss.

Sin embargo, Machado ha tocado fondo, empujado por las circunstancias, por supuesto. Pese a todo, ¿dónde está el poeta? ¿En los versos del Duero o en los artículos de guerra, en la austeridad casi arisca del olmo y de la pena enlutada o en el hombre que recibe la visita airada, según cuenta Gibson⁴⁸, de Enrique Castro en Torre Castañer, en Sant Gervasi, el barrio alto de Barcelona? Debió de ser un encuentro desagradable. Nada menos que Enrique Castro, comandante del V Regimiento de Milicias Populares, el mismo que escribía en el periódico *Milicia Popular*: “¡Viva el glorioso pueblo de la Unión Soviética!”⁴⁹, le increpa por haberse dejado engañar por los soviéticos.

Existe toda una literatura de corte antisoviético escrita precisamente por antiguos combatientes comunistas que pelearon en la guerra de España: desde Orwell, Koestler, Tagüña⁵⁰, Valentín González “El Campesino”⁵¹, Julián Gómez García “Gorkín” y el mismo Enrique Castro Delgado. Quizás, de todos estos libros, el de Castro —*Hombres made in Moscú*— es de las más estridentes. Por eso sorprende la imagen del comandante Castro afeando a Machado los versos dedicados a Líster.

Sin embargo, todavía el 9 de febrero de 1939, a pocos días de cruzar la frontera, alienta en Machado la posibilidad de marchar a la URSS: “donde encontraría amplia y favorable acogida”⁵². ¿Qué habría pensado don Antonio si hubiera caído en sus manos —permítaseme el anacronismo— el libro de Vitali Shentalinski, *Crimen sin castigo. Últimos descubrimientos en los archivos literarios del KGB*⁵³, donde se dan datos, apabullantes datos, acerca de la represión y posterior aniquilación que sufrieron en torno a tres mil escritores rusos, a los que Stalin, en un gesto entre humorístico y tenebroso, denominaba, brindando, como se ha dicho, *ingenieros de almas*.

Porque, después de todo, ¿qué entendía don Antonio Machado por comunismo? Para semejante cuestión, posiblemente ilimitada y que podría alargarse en averiguaciones que considero sin solución, sólo voy a aportar un par de datos, un retazo de un trabajo largo y el aforismo —es más que eso, una nota extensa— que escribe don Antonio en abril de 1938:

...Mas la Rusia actual, la Gran República de los Soviets, va ganando, de hora en hora, la simpatía y el amor de los pueblos; porque toda ella está consagrada a mejorar las condiciones de la vida humana, al logro efectivo, no a la mera enunciación, de un propósito de justicia. Esto es lo que no quieren ver sus

⁴⁸ GIBSON, Ian; *opus cit.*, pág. 662 y ss.

⁴⁹ *Milicia Popular*, Diario del 5º Regimiento de Milicias Populares, año I, nº 10, Madrid, 6 de agosto de 1936.

⁵⁰ El libro del teniente coronel del Ejército Popular de la República, TAGÜÑA LACORTE, Manuel; *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona 2005, seguramente es uno de los textos más completos acerca de este periodo, iluminando detalles clave para entenderlo, por ejemplo, la composición del contingente español en Moscú, entre el que se encuentran las sobrinas de Antonio Machado (pág. 387), una de las cuales se casó con el coronel Segismundo Casado López.

⁵¹ Valentín González, “El Campesino”, *Yo escogí la esclavitud*, Madrid, Ciudadela, 2006. Texto donde se recogen las vicisitudes de este comandante de la 10ª Brigada Mixta y de la 46ª División, su ingreso en las prisiones estalinistas y sus diferentes fugas, algunas de verdadera antología, y que no fueron atravesando el territorio siberiano a pie, como a veces se ha pretendido, sino de matute en trenes hacia la frontera de Irán huyendo de la NKVD.

⁵² Carta a José Bergamín desde Collioure, Macrì, *opus cit.*, pág. 2302.

⁵³ Shentalinski es autor de *Esclavos de la libertad y Denuncia contra Sócrates*, además del libro citado, todos publicados por Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Madrid, 2006.



*enemigos, lo que muchos de sus amigos no han acertado a ver con claridad: el sentido generoso y fraterno, íntegramente humano, de todas las creaciones del alma rusa, el que impera en esa magnífica Unión de Repúblicas Soviéticas, cuyo vigésimo aniversario se celebra en el año que corre*⁵⁴.

*Roma es un poder del Occidente pragmático, un poder contra el Cristo, que tiene del Cristo lo bastante para defenderse de él. Similla similibus curantur. Entre Moscou (sic), profundamente cristiano, y Roma, profundamente pagana, es Roma la que defiende al Cristo, como quien defiende la ternera para su vacuna. Moscou, en cambio, se inyecta a Carlos Marx. Pero cuando triunfe Moscou, no lo dudéis, habrá triunfado el Cristo*⁵⁵.

¿De qué elementos dispone Machado para afirmar con tanta rotundidad que Moscú en 1938 es un vergel cristiano? ¿Qué ha entendido, hasta la fecha, para creer que cuando Moscú —o sea, el Stalin del “Gran terror”, situable entre los años 1937 y éste de 1938— triunfe será el momento del apogeo cristiano, el esplendor del Cristo? Es la voz de ese Mairena que se proclama hereje⁵⁶ un mes más tarde, haciendo gala de la fórmula incombustible, muy del 98, de buscar la centralidad de un pensamiento que quiere abarcarlo todo pero que no renuncia a su personalismo.

* * *

Don Antonio Machado, poeta, muere, sin más tragedia, el 22 de febrero, en la cama de una pensión en Collioure, mientras caen las primeras horas de la tarde. No hacía mucho había puesto en boca de Juan de Mairena:

*Decía mi maestro que deseaba morir sin llamar la atención de nadie; que su muerte pasase completamente inadvertida. Un mutis bien hecho —añadía aquel buen farsante— no debe hacerse aplaudir*⁵⁷.

90

En conclusión, este Machado de los últimos momentos, inducido por los eventos consuetudinarios, como insistiría Mairena, también ha de conocerse y también ha de leerse, y desde la crítica y no desde la hagiografía. Conviene a la historia y a la literatura.

⁵⁴ Trabajo titulado *Sobre la Rusia actual* de septiembre de 1937, Macrì, *opus cit.*, pág. 2218.

⁵⁵ Macrì, *ibidem*, inserta este aforismo, esta sentencia, en *Notas y recuerdos de Juan de Mairena*, y lo fecha hacia abril de 1938, pág. 2381.

⁵⁶ *Ibidem*, pág. 2388.

⁵⁷ Macrì, *Mairena póstumo*, *opus cit.*, pág. 2312.

